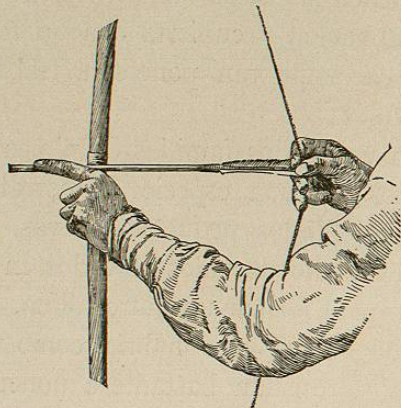


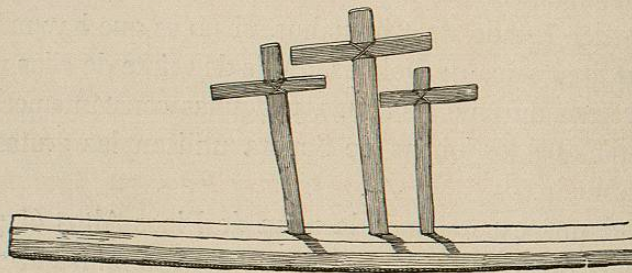
mente del lecho del río por todo el costado de la colina, ofreciendo en realidad un espectáculo imponente. Á una ima-



Como disparan los pimas.

ginación un poco viva, le parecerían otros tantos gigantes repentinamente petrificados al ir escalando la montaña. Entre Pinos Altos y Jesús María, la roca es de pórfido azul, á trechos muy escabrosa y salpicada de manchitas blancas. En esa roca es donde se encuentran cuarzos que contienen oro y plata.

Gracias á la cortesía de los conductores de minerales, pude remitir por Chihuahua algunas de mis colecciones al



Cruces fijadas en un palo frente á la casa de un pima.

Museo de Nueva York, enviando, entre otras cosas, ocho hermosos ejemplares del carpintero gigantesco. Despaché

por delante mi carga, y acompañado de un guía, emprendí una corta excursión para visitar la hermosa cascada formada, cerca de Jesús María, por el río Basasiáchic que, excepto en las aguas, es pequeño é insignificante. Antes de la caída, sigue la corriente por más de cien varas un canal angosto, pero profundo, que ha ido formando en el transcurso de los siglos sobre el duro conglomerado, el cual está lleno de erosiones y cavidades formadas por el constante roce y desgastadora fuerza del curso rápido del agua y las muchas piedras que arrastra. En el borde mismo de la roca, se ha rebajado un arco sobre el cual salta el agua casi perpendicularmente al profundo cañón cortado á pico. Un experto minero de Pinos



La cascada de Basasiáchic.



Altos que ha medido la altura de la cascada, halló que tenía 980 pies. La cascada es en verdad digna de visitarse, por lo pintoresco y hermoso de los alrededores.

Llegué á su despeñadero cuando los últimos rayos del sol poniente doraban á nuestro rededor las cumbres de las montañas. El cuadro era de una belleza indescriptible. Arriba y en torno había viejos pinos solemnes y silenciosos; el fondo de la profunda grieta mirábase bañado de un tinte purpurino. Como á la mitad de la caída se pulveriza el agua y llega calladamente al fondo como vespertino rocío; pero una vez reunidas sus menudas partículas, se arremolina y forma raudal al precipitarse por la angosta garganta con incesante estrépito. La vista de la cascada debe ser espléndida en la estación de aguas.

Quise ver la caída desde abajo. El guía, que era viejo, me advirtió que el sol estaba para ocultarse, que la distancia era mayor de lo que parecía y que podríamos tropezar y caer en la oscuridad; pero como yo insistiese, me puso en la senda, por la que marché en rápido descenso, saltado de piedra en piedra y buscando el zigzag de la pendiente. El cuadro general, las abruptas y escarpadas rocas, el sendero pedregoso y torcido, el estrépito de la corriente alborotada, todo me recordaba las montañas de Noruega, donde solo y corriendo como entonces, había recorrido muchos declives semejantes á la luz del crepúsculo.

Tuve la buena suerte de encontrar un indito que volvía de pescar truchas, y preguntándole si quería acompañarme, consintió al momento. Como á media bajada llegamos á un pequeño promontorio desde donde se divisaba muy bien la cascada. La roca parecía del mismo género que en la cumbre, y no mostraba señal alguna de estratificación. Á pocas varas de dicho punto había una fuente junto á la cual encendimos una fogata, y pusímonos á esperar á que saliera la luna. Para hacer charlar al muchacho, que no hablaba más que español, le di un cigarrillo, y no

tardó en contarme que no tenía padre ni madre, que á la muerte de un tío suyo, había quedado solo en el mundo, pero una familia mexicana lo había recogido y tratado bien, y por entonces estaba pagando por su asistencia dos pesos mensuales de lo que ganaba vendiendo *hoja* en Pinos Altos. Á las nueve emprendimos el ascenso á la luz de la luna hasta cien varas arriba de la caída de agua donde se había quedado el guía con mi mula, y á las dos de la mañana llegué á mi campamento.

Bastante monótona era la región por donde continuaba el camino, variando la altitud de 6,300 á 7,700 pies. Iba escaseando la yerba, lo que naturalmente resentían nuestros animales. Acostumbran los arrieros mexicanos escoger entre ellos algunos cuya principal ocupación durante el viaje, consiste en cuidar á las bestias, y que al punto que han acabado de cenar, conducen á los animales á donde hay pasto, sin alejarse mucho del campamento, volviendo á traerlos al amanecer. Forman lo que se llama la *sabana*. Por grande que sea la recua, son pocos relativamente los hombres que se necesitan para este oficio, debido á que llevan por lo común una yegua, de preferencia blanca, que les sirve para guiar á las mulas y que únicamente con ese objeto se tiene, pues á menudo es demasiado vieja para cualquier otro trabajo. No es raro que las mulas muestren una especie de fanático apego por su yegua, siguiendo invariablemente el sonido de la campanilla que le cuelga del cuello. Así es como ésta conduce á las mulas, las que, cuando ella para, se detienen á aguardarla á que las descarguen. También los caballos pueden servir para esto, pero las yeguas se atraen mejor la adhesión de todas las mulas de un atajo, lo cual importa saber á los viajeros que tengan la intención de usar mulas. Durante el día, todas siguen voluntariamente á su guía, y por la noche se echan cerca de ella, con lo que se evita que se dispersen ó se pierdan.



Puede suceder, á pesar de la vigilancia de la sabana y de las ventajas de una buena yegua, que los ladrones se roben algunos animales cuando hallan oportunidad favorable, ya sea por un mal temporal ó por las condiciones topográficas. Una vez que dimos á nuestras bestias todo un día de descanso, que mucho necesitaban, en un buen pasturaje, nos encontramos al amanecer con que habían desaparecido cinco de ellas. Como tres eran de los arrieros, echáronse á buscarlas con el mayor empeño. El camino trepaba por una empinada cresta, en lugares sumamente escabrosos, lo que no impidió á los mexicanos emprenderlo hasta llegar contra la muralla infranqueable de la montaña: allí encontraron las mulas en una especie de corral formado por la naturaleza.

Hasta entonces me informó el guía que en Calavera, á sólo tres millas de donde estábamos, vivía una banda de siete ladrones, capitaneados por Pedro Chaparro, muy conocido entonces por aquellos sitios. Nada sabía yo aún acerca de dicho individuo, pero mucho me han contado después. Pertenecía á una calaña de hombres que van rápidamente desapareciendo en México, y no limitaba sus fechorías á los mexicanos, sino que las practicaba con los indios mismos siempre que había oportunidad para hacerlo.

Se contaban del bandolero muchas anécdotas. Una vez se había disfrazado de sacerdote, poniéndose una capa negra, y así vestido fuese entre los sencillos tarahumares de los valles más remotos, é hizoles enviar mensajeros para avisar al pueblo que había ido con el fin de bautizarlos, y que se reunieran en determinado lugar para darles su bendición. Por cada bautizo les pedía una cabra, y cuando juzgó prudente retirarse, tenía ya un respetable rebaño. No bien comprendieron los indios el engaño, se apoderaron de él, y lo pusieron en la cárcel con la intención de matarlo; pero desgraciadamente, sabida su aprehensión por algunos de sus compañeros, acudieron á sal-

varlo. Con todo, las autoridades lograron capturar años después al famoso bandido, que tenía varios asesinatos que purgar, y lo fusilaron.

Por el camino encontramos á muchos tarahumares cargando en la espalda huacales con manzanas que llevaban á vender. Pedían dos pesos por huacal, y las manzanas eran deliciosas.

El frío era muy intenso por la noche, pues el termómetro bajaba hasta 13°, y supe con pena que no había perspectiva de hallar muy buen forraje más al sur.

En el pueblo de Bocoyna (á una altura de 7,100 pies,) nos encontramos á 400 millas de San Diego por el camino que habíamos hecho. Bocoyna es una corrupción del tarahumar, Ocoyna (*ócó* = *pino*; *ina* = *gotea*) esto es, pino que gotea ó trementina. Tuve que detenerme dos días, pues seis de nosotros por lo menos, incluso yo, estábamos atacados de gripa que el viento penetrante, seco y frío no era de lo más á propósito para aliviar. Sin embargo, como los peores casos no duraron más de cinco días, pronto nos sentimos bien, aunque los mexicanos quedaron muy debilitados por los efectos de la enfermedad.

El presidente de la localidad era un mestizo; parecía hombre de campanillas y era muy original. Cuando le hube leído por dos veces la carta del Gobernador del Estado, en que se recomendaba, entre otras cosas, que se favoreciera el éxito de la expedición en todos sentidos, especialmente vendiéndonos las provisiones que necesitásemos, sin en-

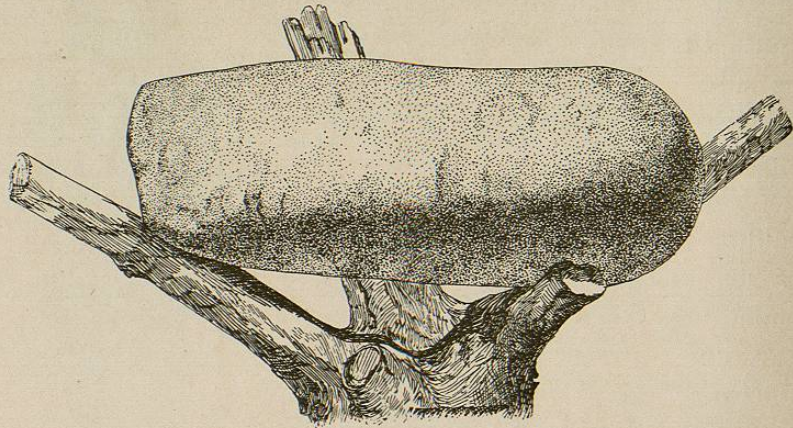


Labriego tarahumar.



carecerlas, él, en obediencia á las órdenes de su superior, ordenó al punto que no se nos cargasen más de seis pesos por fanega de maíz, y por su parte hizo matar cuatro hermosas y gordas gallinas que tenía, vendiéndonoslas al precio del mercado.

Salidos de Bocoyna, el terreno que atravesamos durante diez millas, era plano y fértil y tuve el gusto de observar que



Antiguo mazo de piedra. Longitud, 44.5 cm.

aun les quedan por ahí á los indios algunos ranchos con tierras de considerable extensión. Pasamos junto á algunas de dichas posesiones, donde vimos arando hasta cuatro yuntas de bueyes, al cuidado de indios tarahumares cuyo vestido consistía sólo en calzones de manta. Todavía son muy numerosos los indios que allí quedan, y aun se esfuerzan en defender sus propiedades contra los blancos, aunque los resultados son siempre los mismos.

## CAPÍTULO VII

LOS VERDADEROS TARAHUMARES—TRIBUNAL TARAHUMAR EN SESIÓN  
—BASTONES DE MANDO—CURSO DE LA JUSTICIA—LAS BARRAN-  
CAS—EXCURSIÓN ENTRE LOS GENTILES—SENCILLEZ Y BARATURA  
DE LOS VESTIDOS TARAHUMARES—TRINCHERAS.

TUVIMOS la fortuna de hallar un guía que hablaba tarahumar muy bien é hicimos nuestra próxima parada en el pueblo de Cusarare (corrupción española de *Usarare*, usaca = *águila*), pueblecillo indio situado en una región bastante accidentada y llena de rocas porfíricas disgregadas. Acampamos á pocas millas fuera del pueblo, y enviamos al guía á advertir á los habitantes de nuestra llegada. Bastante se había hablado recientemente entre los mexicanos del salvaje pueblo que vivía en aquellas profundas barrancas, y era, en verdad, precipitación de mi parte el acercarme á tales sitios. No había mexicanos establecidos en Cusarare ni más adelante, de manera que, excepto en el reducido campo minero de Barranca del Cobre, ningunos había en una extensión de cincuenta millas al sur y más ó menos la misma distancia de este á oeste.

Los pueblos de los indios, en toda la República, permanecen casi abandonados la mayor parte del año. Me refiero, por supuesto, á los que no han tomado carácter mexicano. Lo primero que tuvieron que hacer los misioneros fue obligar á los indígenas á formar pueblos abandonando sus dispersos ranchos, y para ello empleaban á los indios en construir un templo en el sitio donde pretendían formar el pueblo, haciéndolos trabajar, si era preciso, bajo la vigilancia de los sol-